

## TRISTE Y FUGAZ AMOR

Estaba aburrido. Paseaba de un lado para otro sin saber donde ir. Mis pensamientos iban por vagos derroteros cuando... ¡oh delicia de mis ojos! Enfrente de mí una jovencita permanecía ensimismada ante un kiosco. Quedé prendado de su juventud y su belleza. Olvidando mi timidez, me acerqué, adquirí unos cuentos y se los ofrecí diciéndole:

- Son para ti, pequeña.

Me miró entre extrañada y divertida. Los tomó y haciendo un gracioso mohín comenzó a andar hojeando mi regalo. La seguí.

- ¿Quieres que te acompañe? -le pregunté acompasando mis pasos a los suyos.

Como nada me respondiera, continué a su lado. La emoción me embargaba, aunque ella parecía no darse cuenta. ¡Estaba tan embebecida en la lectura! Yo aproveché esta circunstancia para contemplarla más a mis anchas. Cada vez que la miraba la encontraba más bonita y encantadora, más “chiquilla”.

Yo creía que ni siquiera se había percatado de mi presencia cuando me sorprendió preguntándome:

- ¿Cómo te llamas?

- F.... -le dije mi nombre.

- ¿Vives aquí?

- Noo... contesté.

- Yo nací aquí ¿sabes? Y de pequeña, ante ese quiosco donde nos hemos visto, solía pasarme horas enteras. Alguna que otra vez, Rita, me dejaba hojear alguno de sus tebeos.

- Nunca pude comprar ninguno continuó diciéndome después de un corto silencio- ¡Éramos tan pobres! Mi madre, aquejada de tuberculosis, no podía trabajar y sobrevivíamos gracias a la caridad de un hermano de mi padre que, de tarde en tarde, nos visitaba. Pese a ello muchos días nos acostábamos sin poder cenar y, en muchas ocasiones, nos vimos obligados a mendigar para conseguir unas monedas con que mitigar nuestra hambre, conque secar mis lágrimas. ¡Qué tristísimo recuerdo guardo de mí madre! Era más bien alta, estaba famélica y sus ojos mustios se hundían en amoratadas cuencas. La expresión de su rostro no podía ser más deprimente. Raramente me acariciaba y cuando esto hacía, con sus manos huesudas y ásperas, yo sentía un hondo malestar. Algunas veces, cuando me quejaba de frío y de hambre y ella nada tenía para darme, me besaba llorando

amargamente. Tampoco quería que me besara ¡lo hacia de un modo tan raro!

- Cuándo venía mi tío, un hombre jovial y de manos suaves, me traía bombones y algunas veces me preguntaba: ¿Te gustaría tener mucho dinero, vivir en una casa confortable, con calefacción, ascensor, criados...?

- Yo creía que bromeaba -¡cómo no iba a querer!- le decía. Él me miraba complacido y se reía y yo no comprendía por qué. A pesar de lo mucho que le quería, aquella risa suya me desconcertaba. En más de una ocasión estuve tentada a decirle que cuando él tardaba en venir pasaba mucha hambre y que mi madre era mala conmigo.

A esta altura de su relato, cerrando los ojos, guardó silencio como si quisiera borrar de su memoria aquella secuencia de su vida. Luego mirándome fijamente, como si fuese un extraño que estuviese molestándole, me espetó:

- ¡Y tú que miras! Porque te cuento todo esto que creía tener olvidado -y, repentinamente, comenzó a llorar-.

¡Que pasado tan trágico se escondía ante tan agradable apariencia! -pensé- y le dije con el propósito de calmarla:

- Sí, pequeña, me importa. Me interesa mucho tu historia. Continúa, por favor:

Le ofrecí mi pañuelo. Enjugó su llanto y pagó mi atención con la más triste y angelical de sus sonrisas, bañada en lágrimas. Una vez serenada, prosiguió:

- Una noche en que no podía conciliar el sueño, sentí que alguien hablaba con mi madre en la habitación de al lado. Era la voz de mi tío.

- ¿Por qué no accedes a lo que te vengo proponiendo? Tú ingresarás en un Sanatorio donde estarás bien atendida y pronto curarás y tu hija vendrá conmigo. A ninguna os faltará nada y ella llegará...

- ¡Calla! -interrumpió frenética la voz de mi madre- ¡No, eso nunca; mi hija no irá contigo, antes la muerte!

- No comprendía nada. Por un momento creí que estaría soñando. Pero no, eran realmente las voces de mi tío y de mi madre discutiendo sobre mi porvenir. Me costaba creer que mi madre, a quien yo debería suponerle un penoso lastre, no accediese al ofrecimiento de mi tío, cuando yo pensaba que era éste el que no quería llevarme con él.

Tras una corta pausa, mi pequeña amiga, continuó así:

- Cuando esto ocurría tenía yo doce años y la penuria era extrema. ¿Qué es lo que deseaba mi madre? ¿Por qué no me dejaba ir? ¡Era mala, muy mala y, en esos momentos, le odié más que nunca! Si quería seguir viviendo así ¡allá ella! Yo no. Yo estaba harta de miseria, harta de pasar hambre y frío, harta de verme siempre con el mismo raído vestido. Para mí no habían domingos, ni fiestas, ni ferias, ni día de Reyes..., para mí, no había nada ¡nada más que miseria y más miseria! Aquello no podía soportarlo. No comprendía por qué mi madre se oponía con tanta insistencia. Mi tío era rico y, a su lado, nada me faltaría. Mientras esto pensaba, de nuevo, escuché las voces, cada vez más fuertes y exacerbadas...

Y aquí, bruscamente, volvió a interrumpir su relato. Esta vez, para no reanudarlo más.

Sin darme tiempo a reaccionar, en un momento, desapareció de mi vista.

---

Fue todo tan imprevisto y ocurrió tan rápido que no tuve tiempo de retenerla, de preguntarle a donde iba, de expresarle mis deseos de volver a verla. Cuando quise acordar estaba solo. Completamente solo.

Cuanto acababa de ocurrirme era de lo mas extraño. Una chiquilla preciosa que aparece en mi vida, inesperadamente, para desaparecer -como estrella fugaz- dejando sin terminar la narración de su infeliz pasado.

Ni siquiera sabía su nombre. Como un sonámbulo, recorrí todas las calles de la ciudad. Era muy entrada la noche cuando, cansado, sin saber lo que hacía, me acerqué a las taquillas de un teatro:

-¿Quedan localidades? ¿Me da una butaca?

-Sí; son diez pesetas.

Me desprendí de lo que era casi todo mi capital y una vez en el interior de la Sala me arrebuqué en mi asiento de la fila segunda, con más intención de descansar de tanto caminar y de tantas emociones que de ver el espectáculo. Casi estaba dispuesto a olvidar mi extraño encuentro de la tarde cuando miro hacia el escenario y... ¡allí estaba ella! mi desconocido amor de la tarde.

Mi sorpresa fue mayúscula. ¿Qué estaba haciendo allí? Me resistía a creerlo pero, ante la evidencia, no tuve más remedio que aceptar los hechos. Acababa de encontrar la clave de su interrumpido relato. No cabía duda; su tío era empresario de una

compañía de revistas y, por eso, disputaba con su cuñada años atrás; quería traerse a su sobrina a la capital para labrarle un porvenir. Sus encantos personales, convenientemente resaltados, darían su fruto en los escenarios y él obtendría buenos beneficios en pago a sus desvelos con la familia de su hermano y a su generosidad por haber rescatado de la miseria a su sobrina.

Mientras pensaba de esa guisa, no le quitaba un momento los ojos de encima. En cambio ella, si es que se había percatado de mi presencia, hacía como si no me viese. En otros momentos me daba la impresión de que no le agradaba el haberme encontrado allí.

Un sentimiento conmisericordioso iba haciendo presa en mí. Repuesto de mi asombro, pensé que podría ser el libertador de mi amada. Yo rompería las cadenas de su esclavitud. Me dejaba llevar en alas de los sueños abrigando las más bellas ilusiones. Pero todo era efímero, ante la tozudez de los hechos. Ella estaba allí, bellísima pero... ¿por qué miraba a todos menos a mí? ¿Por qué bailaba con tanta procacidad y descaro? ¿Por qué aquellas picarescas sonrisas a los del palco?

Todo aquello me causaba gran dolor. Podía pensar que por imperante necesidad se viese en esa situación pero aquello... ¡aquello era evidente que no lo hacía por fuerza! Al contrario, estaba claro que lo hacía por placer, porque le agradaba, porque allí se encontraba en su ambiente. No cabía duda ¡era una viciosa!

No pude soportarlo por más tiempo. Salí de allí despechado, descorazonado... y yo que creía que...

¿Cómo era posible que aquella chiquilla que por las tardes paseaba sola, un poco triste y melancólica, que se paraba ante un kiosco extasiada ante unos folletos de colorines, -mejor dicho, ante un pasado penoso y conmovedor- pudiese por las noches ser tan descarada, tan procaz?

Estaba apesadumbrado ¡No podía ser! Deambulé por las calles solitarias sin dejar de pensar en lo que me había ocurrido. Al cabo de un buen rato, un relativo bullicio irrumpió en la calle por la que pasaba. Salían del teatro. Un nuevo hálito de esperanza inundó mi ser. Una nueva oportunidad se me ofrecía. ¡Ansiaba tanto volver a verla!

El público había terminado de salir. Me acerqué a la puerta de salida de artistas. El corazón me golpeaba fuertemente en el

pecho. ¡Que gran dicha! Se acercaba el momento de verla una vez más.

Parecía no iba a salir nunca cuando, de pronto, sentí su escandalosa risa. Salía ataviada de un lujosísimo traje de noche y abrazada a un joven apuesto y elegante. Rápidamente me escondí en el quicio de una puerta temiendo ser visto, cuando una mirada -que encerraba, al mismo tiempo, toda la belleza y toda la miseria humanas- me avistó a través de la ventanilla de un magnífico *cadillac* -mi amada estaba preparada para dar comienzo a una nueva orgía-. ¡Nunca me había sentido más abochornado ni más insignificante!

¡Si yo hubiese tenido dinero, mucho dinero! -exclamaba para mis adentros en el colmo de mi paroxismo- hubiese podido comprarla, yo hubiese recibido todos sus halagos y caricias, yo hubiese sido... ¡su amante de turno!

Me registré los bolsillos con coraje. Tan sólo me quedaban unas monedas. Ni siquiera alcanzaba para poder emborracharme. ¡Oh... el dinero! Nunca había sentido tanto la necesidad de él como en aquella noche. Y con patrimonio tan exiguo ni siquiera pude vengarme de mi fugaz amor... de fáciles sonrisas.

Al día siguiente el cartel del teatro había cambiado. Nunca he vuelto a saber nada de ella. Han pasado tantos años que dudo mucho si realmente existió.